





# TORRES SOBRE LA ARENA



Raúl Galache

TORRES SOBRE  
LA ARENA



Primera edición: abril 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Raúl Galache

© Alejandro González Segura (del Prólogo)

© Fotografía de portada: Raúl Galache

ISBN: 978-84-17784-48-5

ISBN digital: 978-84-17784-49-2

Depósito legal: M-7735-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Bea, todas las palabras*

*Ir y quedarse, y con quedar partirse,  
partir sin alma, y ir con alma ajena,  
oír la dulce voz de una sirena  
y no poder del árbol desasirse;*

*arder como la vela y consumirse  
haciendo torres sobre la tierna arena*

LOPE DE VEGA



# Índice

Prólogo de Alejandro González Segura.....	11
A modo de prólogo: El rehacedor.....	17
CON ALMA PROPIA:	
Ángeles negros.....	21
Al abrigo del mundo.....	29
Hombre tomado.....	47
El corazón de hielo.....	55
Tres colores.....	61
Piezas.....	71
Un instante.....	79
CON ALMA AJENA:	
El héroe.....	83
A la luz de los sueños de los hombres.....	85
Ciega luz.....	123
Carta de Dulcinea a don Quijote.....	129
El blanco reencuentro.....	135
A modo de epílogo: Volar.....	137



## Prólogo a *Torres sobre la arena*

Al lector de *Torres sobre la arena* habría que anunciarle, antes de nada, la fortuna que supone sostener en sus manos un libro tan rico como este, tanto en las formas como en sus contenidos. Los relatos de Raúl van a desplegarse ante sus ojos en numerosas posibilidades dentro del género narrativo. Podremos encontrar cuentos ambientados en lo rural, donde se produce una profunda aprehensión de la naturaleza del agro, y cuentos urbanos en los cuales Galache explora algunas de las problemáticas del hombre actual; cuentos realistas, donde la voz narrativa, en tercera persona, se desenvuelve dentro de los cánones tradicionales y otros de tipo experimental, en los que las identidades del narrador o los personajes quedan difuminadas en un conjunto de hechos nebulosos, herméticos, donde resulta difícil extraer las consecuencias últimas de lo sucedido; cuentos ubicados en un pasado más o menos lejano y casi siempre mítico y otros de la más rabiosa actualidad cuyos personajes revelan su fragilidad en esta nuestra *edad del plástico*. En *Torres sobre la arena* abunda el cuento, diríamos, literario —o metali-

terario— cuyos personajes y hechos provienen de nuestra historia de la literatura y donde las citas, homenajes e intertextualidad proliferan de tal forma que se hacen necesarios, para entenderlos cabalmente, notables conocimientos de nuestra literatura. Y, junto a este, el cuento breve y descarnado cuyo lirismo puro lo sitúa a un paso del poema. Raúl Galache se presenta en esta obra como un narrador poliédrico, dotado de la flexibilidad que le permite desempeñarse en muy variados registros y temáticas. Es el suyo, por tanto, un quehacer narrativo cambiante, plural y polivalente.

*Torres sobre la arena* nos llega compuesto de cuatro secciones, un prólogo, «El rehacedor», y un epílogo, «Volar», que introducen y cierran, respectivamente, la parte mollar de la obra, las secciones tituladas «Con alma propia» y «Con alma ajena». Ambos capítulos suman doce cuentos, de diversa aunque siempre respetable longitud en estos tiempos de proliferación del microrrelato y la diferencia entre uno y otro bloque estriba, básicamente, en que los hechos y los personajes de «Con alma ajena», Cervantes, Lope o Miguel Hernández, provienen de nuestra historia de la literatura. De ahí quizá un título con el que se quiera significar la mayor distancia e intermediación, en este caso, con lo narrado, pues en este capítulo el alma o la identidad de Raúl Galache logra manifestarse a través de las de aquellos grandes escritores.

Pero ya desde su prólogo quedan nítidamente trazados los perfiles de *Torres sobre la arena*. En tono y con una adjetivación inequívocamente borgianos, *El rehacedor*

rinde homenaje a los grandes artífices de nuestra palabra y conciencia occidental, desde Homero y hasta el autor anónimo de nuestro *Cantar de Mio Cid*, a la vez que nos prepara a la lectura de unas palabras que también han sido forjadas, como las de aquellos héroes verbales, a altas presiones y temperaturas, entre las brasas o sobre el yunque del lenguaje. Ya decía José Ángel Valente que solo se llega a ser escritor cuando se empieza a tener una relación carnal con las palabras. Quiere esto decir que la persona digna de este calificativo no es un mero redactor o escribiente, un mero *juntaletras*, escribidor más o menos habilidoso, que va enhebrando argumentos, tópicos, recursos retóricos o ideas más o menos brillantes, sino alguien que establece una intensa, rigurosa y siempre compleja relación con la palabra, con el lenguaje en su dimensión innovadora: alguien que explora en los límites del verbo para alcanzar sus últimos resortes y entregarlo transformado en esa espada fúlgida y pesada que ha forjado el artesano.

En este sentido, uno de los hallazgos de la palabra de Galache consiste en la elaboración de la imagen, que florece aquí y allá, líricamente, por entre sus renglones. Trabajo verbal y de profundización en la realidad que en los cuentos de trasfondo rural nos remite, sin duda, a nuestra mejor tradición descriptiva reciente, a la de Ignacio Aldecoa. A su altura, aunque en no tan morosos textos como los del autor de *Balada del Manzanares*, se encuentran enunciados y sintagmas como los que siguen: «los árboles que vibraban enroscados por las cuerdas del

vendaval», «el cielo era un lento suspiro cárdeno», «el silencio se extendió con sus dedos de ortiga», «los labios de la monja se apretaban como si fueran la réplica de una cerradura» o «el sonido se afila en la piedra del silencio».

De cada uno de los relatos en libro tan rico como este podrían destacarse numerosos puntos de interés, conclusiones varias, pero, por no cansar más al lector de este prólogo, pasaré a tratar lo que considero el núcleo de sentido de la obra y que, por tanto, se encuentra más o menos latente en todos los cuentos que la componen. «Un instante», que quizá sea la pieza más lírica del conjunto, nos plantea lo que tal vez sea la columna temática que vertebra todo el conjunto. En este breve texto, que pone fin al primer capítulo del libro, Galache se demora en la descripción de la caída de las últimas hojas, ante la llegada del invierno, para plantearnos una épica de lo cotidiano que encuentra su heroicidad, precisamente, en la derrota. Inmediatamente, en el primer relato de la segunda parte, «El héroe», nos mantiene en esta línea, al contarnos la caída de Héctor en la guerra de Troya. Ser héroe para Raúl es serlo en la derrota, algo que se confirma, además, en la paronimia entre «herido» y «heroico» que hallaremos en el siguiente cuento, «A la luz de los sueños de los hombres». No solo es este el texto más extenso del conjunto, sino probablemente el más representativo por su calidad, por su condición heteróclita y por el sentido que atesora. Merecería todo un trabajo de análisis pormenorizado esta valiosa pieza, novela en germen que, tras consumir una magnífica



recreación de la Argel de finales del XVI, se centra en las vicisitudes del cautiverio de Cervantes. Relato doblemente cervantino, por lo que cuenta y por la manera de contarlo, pues sin duda existe la emulación en el procedimiento de intercalar en el relato principal otras historias. Y me refiero ahora al inventario que hace la Marcela de Galache, en este caso, sobre las desventuras que la han conducido a permanecer presa en Argel. Desde aquí se hace fuertemente sugestiva la creación de Raúl, pues, desde el homenaje y la intertextualidad trascendemos a la cimentación de una verosimilitud tan intensa como la que siempre obsesionó a nuestro autor máximo: parece seguro que, si no esta, la relación que Raúl inventa de Marcela, otras similares vio, vivió o escuchó Cervantes en su cautiverio o a lo largo de toda su vida, historias con las cuales iba a alimentarse su obra más adelante.

Pero en el siguiente cuento, «Ciega luz», que es un retrato cotidiano y sentimental de Lope de Vega en su ancianidad, obtenemos la clausura semántica a todo lo que vengo comentando. Aquí Galache consigue dar vida a Lope de Vega, como ya antes hizo con Cervantes, al presentárnoslo plenamente verosímil en sus gestos y en su habla. La clave de esta extraordinaria habilidad, pues la mayoría de las veces nos encontramos, por desgracia, con recreaciones históricas de cartón piedra, quizá resida en que Raúl Galache ha descubierto la manera de introducirse bajo la piel de estas grandes personalidades: dejando que sean ellos los que previamente se introduzcan en la

suya a través, lógicamente, de la lectura. Es decir, cediéndoles cortésmente el paso.

De esta manera, Raúl ha sabido identificarse con ellos en lo más profundo, para ver que el amor de Cervantes por Marcela o el de Lope por Marta parecen el mismo que el de Raúl hacia Bea, a quien por supuesto están dedicadas *todas las palabras* de este libro. Amor que se orientará, en «A la luz de los sueños de los hombres», hacia la creación; en «Ciega luz», hacia toda una vida de protección y de cuidado. La captación de estas primordiales identidades son las que permiten a Galache construir con tal verosimilitud, a años luz del estereotipo o del tópico, las personalidades de tan sublimes escritores como Lope o Cervantes, a la vez que nos llega a comunicar la esencia de su mensaje: que, por desgracia o por fortuna, no existen los superhéroes y que solo es héroe verdadero el que haya sido herido en el amor.

ALEJANDRO GONZÁLEZ SEGURA

A modo de prólogo:

## El rehacedor

*Entonces descendió a su memoria*

JORGE LUIS BORGES

Ya no recordaba que una vez, cuando las diosas inmortales rivalizaban por ser la más bella, había recorrido la variada tierra y había surcado el ponto en las cóncavas naves. Ya no lo recordaba, porque un océano de tiempo había caído sobre el mundo. Pero en la memoria retenía su rostro de niño reflejado en el filo de una espada, la del hombre de polvo y metal que había parado a su puerta; la del hombre que lo había mirado con compasión al entender que nada ganaba en el mal de la pobre gente; la del hombre que había acatado su desdicha como ellos aceptaban el hambre en las tripas. Después, muchas veces había oído contar en las plazas abarrotadas sus batallas y en sueños las había vivido: tantos blancos pendones rojos de sangre, tantas adargas horadadas, tantas lorigas desmalladas. Por eso no pudo el hábito silenciar la llamada de la espada ni el latín acallar los cantos heroicos. Cuando comprendió que, entregada su vida a Dios, su destino



nunca sería el de la guerra, descendió a su memoria y se la encontró poblada de palabras. Y aquellas palabras eran las que oía en la aldea, las que entre risas decían las muchachas lavando la ropa en el río, las que admiraban a los hombres en la voz de los juglares. Habían resbalado por él momentáneas y vívidas, sin dejar huella alguna, pero ahora sabía cuál era su destino. Primero las templó al fuego de la noche; después las moldeó como el metal sobre el yunque; y, al final, las contó y pulió hasta afilarles la punta. Así las guardó esperando pacientemente —porque ya sabía cómo atenazar el tiempo— el día en que los monjes le cedieran las pieles toscas. Con sus propias manos las curtiría hasta dejarlas lisas como piedra de mármol, suaves como hoja de palma.



Quando al fin un muchacho le entregó un pellejo de cerdo, el destino del guerrero era ya solo uno recluido en las palabras. El de la barba bien cumplida había sido desterrado y había recuperado el favor de su señor; había sido humillado por villanos vestidos de infantes y, al fin, recuperados honor y honra, había sido su linaje acogido entre reyes. El hacedor, ante el pergamino, volvió a sentir el vértigo de la eternidad. Empezó a hollar la piel mientras de sus ojos lloraba fuertemente al despedirse del Campeador.



Fue entonces cuando su memoria emergió del océano de tiempo con un rumor de odiseas. Asombrado, casi aterrorizado, supo que otras gestas, otras epopeyas, otros cantares le estarían esperando detrás de la última sombra.

CON ALMA PROPIA



## Ángeles negros

*A Luis, porque nunca se rinde,  
para que nunca se rinda*

Cuando llegó la comitiva de coches negros que encabezaba orgulloso el alcalde, se encontró con que la plaza del pueblo estaba tan solo ocupada por el sol rabioso de las dos de la tarde. Ni una pancarta de agradecimiento, ni vítores, ni coro de niños, ni el cura con el hisopo bien cargado. El regidor, que había ido a la capital dos semanas antes y que había recorrido el resto de la comarca con aquellos peces cada vez más gordos de cabrito y lechón, había estado presumiendo ante sus colegas, a lo largo de los quince días, del recibimiento que les tenían preparado, que iba a dejar en cosa de paletos los alardes de los demás pueblos. Así que, ahora, ante el silencio de lo que parecía una siesta fantasmal, solo supo tragar saliva y quedarse mirando el polvo que del suelo habían levantado los coches, como si esperara que de él fueran a brotar los bien aleccionados vecinos. «Os traeré a los del gobierno de la capital», les había dicho. «Vienen a celebrar que



ya tenemos teléfono. Haced algo grande, más grande que todas las fiestas del santo juntas». Pero eso suponía más gasto que cuando vino el obispo, encima por el teléfono, habían mascullado los vecinos. Y es que nunca les gustó don Basilio, su alcalde. Seguro que le habían puesto a él porque tenía contactos en la capital y, además, nadie olvidaba sus delaciones que habían terminado con buena gente sabe Dios dónde por conspiradores. A la única que le gustó lo del teléfono fue a la Mili. Milagros había cumplido entonces los dieciséis. Para ella, el mundo que veía era poco más que los difusos perfiles y los desvaídos colores que distinguía a cuatro o cinco pasos, pues, más allá, no había sino las tinieblas de su imaginación. Había ensanchado los límites de la realidad más confusa y lentamente que los demás niños, por lo que en el pueblo siempre la tuvieron por torpe, incluidos sus padres, que, cuando supieron que la niña era poco menos que ciega, se miraron con la culpa en los ojos. Aceptaron el embarazo y la boda con la resignación de quien sabe que se merece un castigo, pues la pequeña era el fruto de un atardecer de verano, de los ardores del alma y de la desmesura juvenil. En la escuela aprendió poco más que a escuchar historias que en su imaginación eran trastocadas por el vuelo de una fantasía vibrante y fecunda. Así, cuando instalaron el teléfono y pensaron en quién podría hacerse cargo de la centralita, en seguida salió su nombre. Los vecinos entendían que era una forma de quitar a sus padres una carga —«el Estado mantiene a la telefonista»—, darle un futuro a la pobre chica —«quién va

a quererla para mujer»— y, de paso, matar recién nacida la idea del alcalde —«ya veremos lo que le dura el invento»—. Don Basilio no pudo sino aceptar, pues a ninguna otra moza habría logrado convencer. Además, los de la Compañía le aseguraron que hasta un tonto sabría manejar el aparato y ese era el caso. En fin, por probar nada se perdía y a alguien necesitaba para cuando vinieran los del gobierno. Cogió a la joven del brazo y le habló despacito y muy alto: «hija, tú haz lo que estos señores te enseñen». Le pusieron unos auriculares y le dijeron que con ellos lo oiría todo. A la chica se le iluminó el rostro como si se le hubiese aclarado la vista, pues toda su vida se asentaba sobre sonidos. Le explicaron dónde tenía que meter los pinchos y se sentó con sus oídos abiertos al mundo entero.

Ahora don Basilio se arrepiente de haber concedido a la pobre tonta el puesto. Ya sabía él, piensa, que eso era mucho para ella. Maldice a la idiota en silencio mientras los hombres de corbata le miran de reojo con sus pupilas afiladas y sus estómagos rugientes. Si casi no sabe ni hablar, sigue pensando. Pero la verdad es que, en estos quince días de la nueva era, Milagros ha soltado la lengua para admiración de todos. Acaso por compasión, acaso por curiosidad, todos le preguntan qué se oye por el teléfono, ya que solo el alcalde, su secretario don Braulio, don Antonio el ganadero y algún que otro con posibles tienen el aparato. Don Antonio mandó a su hijo a estudiar muy lejos y ahora puede hablar con él a menudo. El chico le cuenta que se esfuerza mucho

y que apenas tiene tiempo para otra cosa que no sean los libros. «Aquí son todos muy listos, padre», «sí, sí como, madre», «hay coches por todas partes y camiones y camionetas», «claro, porque me llamarían paleta», «los profesores son muy serios y muy sabios», «muy limpias las mozas, sí, sí», «pues me invitaron a merendar a su casa y no veas qué cosas, que todo era enorme menos las tazas y los bollos, y gracias pacá y por favor pallá», «hombre, una criada con su uniforme». Y cuando a Milagros le preguntan las mujeres, cuenta lo que ha escuchado y lo que su imaginación ha completado: «pues el chico del Antonio se ha echado una moza de la ciudad y tiene una criada que le hace bollos grandes como casas y dice que en la ciudad todos van muy limpios y son muy serios y tienen bigote». A los vecinos poco les importa si lo que Milagros dice es verdad o es mentira. Lo que les interesa es que el mayor de don Antonio anda todo el día de farra comiendo bollos, montado en coche y persiguiendo criadas. Y que en la ciudad la gente nunca camina porque van en coches que huelen muy bien. Entre unas historias y otras, Milagros se ha ido convirtiendo en una suerte de juglaresa del pueblo, a la que buscan a hurtadillas las vecinas. Incluso, de Milagros, ha pasado a ser la Mili, la Mil Historias. Es verdad que todo esto interesa más a las mujeres que a los hombres, que aparentan desdén ante lo que parecen asuntos banales. Malo sería atender a cuestión tan poco masculina; ya bastante tienen con lo suyo como para andar con esos líos. Ellas guardan, transmiten y crean ese almacén de



historias que en apenas dos semanas se ha ido enriqueciendo como el río con las lluvias de otoño. «Pues me ha dicho la Mili que por ahí lejos hay una guerra de las gordas y que las bombas podrían llegar hasta aquí». Ni siquiera a esa noticia atendieron estos hombres de espaldas duras de tierra y sol. «Mira, Milagros, estate bien atenta a lo de las bombas». «Pues he oído que se están quedando sin soldados, que de tantos como mueren no mandan a las casas ni los restos, tan pocos pedazos quedan».



El sol del mediodía parece espesar los segundos en la calva del alcalde. Piensa en si no será culpa del patán de su secretario. Desde luego, le llamó hace dos días y le dijo bien claramente que llegaban hoy y a esta hora. Pero este hombre es medio bobo y de él poco se puede esperar. Otro tendría que haber sido su ayudante, pero nadie hay tan sumiso en este pueblo de mala muerte.



Sin embargo, don Braulio atendió y entendió las órdenes de su jefe. La Mili escuchó la llamada. «Llegamos a las dos. Quiero a todos los hombres preparados para que los vean bien. Que se sepa lo que valen. Y que no me hagan un feo, que a gente tan importante no van a conocer». Y la Mili se encargó de hacer correr la noticia. «Vienen los del gobierno a ver a nuestros hombres». Rápidamente voló entre las mujeres la voz de «se nos llevan a los maridos y a los hijos». «Qué vamos a hacer sin ellos». «Y dicen que todos mueren». «Y dicen que acaban despedazados». «Y qué nos importa aquí la guerra esa del alcalde y sus amigotes». «Pues ni hablar», «ni por pienso»,

«ni que lo pida el Papa». «Y vienen pasado mañana». «¿Y quién sabe esto?». «Don Braulio, el secretario, es el que lo sabe». «Ese es un bicho».

Al fin ve movimiento el alcalde al otro lado de una de las ventanas de la plaza. Las cortinas se corren y un rostro se asoma. Era imposible que al menos no hubieran oído el ruido de los coches. De la ventana se asoma una mujer con un pañuelo negro en la cabeza. Abre los cristales y mira fijamente a don Basilio. Los recién llegados vuelven la mirada hacia allá. La mujer alza el brazo, parece que fuera a saludar. Pero tiene el puño cerrado y algo guarda en él. Antes de que los visitantes se planteen qué está ocurriendo, un huevo se estampa en la bien planchada camisa del alcalde.

«Llegarán mañana a las dos», esta vez la Mili no trastocó el contenido del mensaje. La información pasó de mujer a mujer con el mimo de los secretos y los tesoros ocultos. Ningún hombre supo nada, ni mucho menos don Braulio, que, una mañana, cuando caminaba hacia la casa consistorial, se topó con diez mozas bien recias. Todo había sido organizado entre murmullos y miradas certeras, pero sin dejar escapar detalle alguno. Las diez jóvenes que cerraron el paso al secretario eran las más fuertes y habían probado su valía levantando alpacas. Visten de negro y cubren sus cabellos con un pañuelo del mismo color. Sus rostros se muestran tan secos y hieráticos, que a don Braulio le viene a la mente la imagen de la muerte del retablo de la iglesia. «¿Dónde va usted esta mañana, don Braulio?», «pues, mirad, a colgar un bando

de una cosa muy importante y a anunciarlo en la plaza», dice con la voz y las carnes trémulas. Aún con la última palabra colgando del labio, se ve agarrado por innumerables manos. «Usted se viene hoy con nosotras». Conoce esas caras, pero le parecen otras, como trastocadas por una pesadilla. Calla y mira con sus ojos redondos como los de las vacas. «Y se va a estar calladito hasta mañana». El hombre nada entiende y aun durante todo el día y la noche que pasa encerrado en el pajar de la Ambrosia sigue sin saber qué está pasando. No osa preguntárselo a esos ángeles negros que llevan horca en vez de guadaña y que se turnan para vigilar su rostro de cera derretida.

Todavía está don Basilio con la cáscara de huevo en la mano y la yema en la camisa, cuando empieza a oír a sus espaldas las mal silenciadas risas de sus acompañantes. Le suenan a crujir de huesos. Quisiera dejarse derretir por el sol o filtrarse como agua en los surcos. Entonces, al otro lado de la plaza, aparece una joven vestida de negro. Conforme se acerca a él, reconoce enseguida los andares titubeantes de Milagros. Aún a cierta distancia, se detiene y le habla a su alcalde alto y despacio: «tengo un recado para usted: ...». Lo que faltaba, si la culpa es mía por fiarme de ti, qué se puede esperar de semejante calamidad, piensa don Basilio, antes de escuchar el resto de la frase: «los hombres se quedan». Antes de que el edil se plantee el significado de estas palabras, antes de que los demás de la comitiva crucen miradas de incomprensión, antes de que el viento vuelva a levantar polvo amarillo, surgen desde todas las calles que dan a la plaza ángeles negros con sus



cabellos tapados. No gritan, no cantan, no lanzan vítores, solo avanzan. Alguien ya echa un paso atrás buscando la puerta del coche, otro se refugia en las espaldas de los más grandes, hay quien deja caer su cigarrillo de la boca. Pero todos salen huyendo cuando una lluvia de piedras empieza a bombardearlos con el filo de los puñales. Retumban las chapas abolladas de los autos, estallan aristas de cristales, un hueso se rompe en un quejido ahogado. Todos se atropellan, se empujan y se pisan buscando el resguardo de los vehículos. El aire se arremolina endiablado. Los ángeles negros parecen legión. Se diría que no tienen rostro. O que todos tienen el mismo. Nada detiene su paso. Al fin empiezan a sonar los motores, las puertas se cierran y una ola de polvo se abalanza sobre las mujeres cuando ven cómo los coches se alejan.



Entonces, don Basilio, acurrucado en el suelo, fetal, tembloroso como un ternero recién parido, ciego de vergüenza, oye a lo lejos los vítores y vivas con que había soñado durante los últimos días. Alertados por los ruidos, los hombres del pueblo han llegado, pero solamente ven a sus mujeres que regresan a sus tareas con el paso de siempre. Entre ellas, la Mili, que parece caminar más decidida que nunca. Poco después, en la plaza, el polvo vuelve a posarse con la calma de las cosas sencillas.

